

El Pabellón Suizo de Le Corbusier

Trabajo realizado para la clase de Análisis de Unidad Intermedia de la Forma en la Universidad de los Andes

Realizado por: Laura Matamoros, Diana Montenegro y Sofía Machado

El Pabellón Suizo es una obra arquitectónica desarrollada a principios de la década de 1930 por Pierre Jeanneret, más conocido como Le Corbusier. Está localizado en París, al extremo de la Ciudad Universitaria Internacional, entre una serie de construcciones de diferentes estilos que representan distintos países.

La Corbusier recibió el encargo de diseñar una residencia estudiantil para los estudiantes suizos que vivían en el barrio latino de París sin suficientes condiciones de higiene y confort. Mediante el proyecto se pretendía ofrecerles acceso a una vivienda y a una alimentación dignas y, además, a las nuevas instalaciones deportivas y culturales de la universidad.

Partiendo de un presupuesto escaso, se le solicitó al arquitecto diseñar un edificio que pudiera albergar 50 camas, con cocinas y servicios de aseo comunes por cada planta, un área común que sirviera como comedor y salón de actos y, finalmente, una vivienda y una oficina para el director.

Como respuesta, el pabellón se materializó de manera muy clara en todos sus aspectos arquitectónicos, tanto programáticos como funcionales, formales, estructurales, ambientales y de lenguaje. Le Corbusier debía también, por petición del cliente, albergar las funciones públicas en la planta baja, requisito que respondió separando los dos usos, público y privado, mediante dos volúmenes diferenciados y puestos perpendicularmente uno del otro. Al costado sur se levanta un paralelepípedo con los dormitorios de los estudiantes, mientras al costado norte se encuentra un volumen curvo que contiene los ámbitos de reunión y el espacio social. Los dos volúmenes presentan una relación formal de subordinación, pues exhiben el contraste entre la vida privada y la vida social; entre la composición recta y racional, y la composición curvilínea, más libre; entre un espacio ordenado y limpio, y un espacio a manera de zócalo que pasa a un segundo plano y es más libre en su expresión.

El paralelepípedo de 5 plantas que aloja las habitaciones se extiende en su eje longitudinal este-oeste aproximadamente 49 m de largo por 9 m de ancho, con un área construida de 441 m². Está orientado hacia el sur y presenta una tipología espacial a modo de peine, con 15 habitaciones de 24 m² cada una (7 m de largo por 3,30 m de ancho, aproximadamente), perpendiculares a un corredor de 2 m de ancho. Le Corbusier desarrolló la célula mínima de habitación de acuerdo al uso, a las actividades y a las medidas del ser humano y los muebles. Este es el eje central del pabellón y el elemento de mayor importancia: cada cuarto es una célula, que junto a otra igual y repitiendo el mismo proceso, genera un organismo. Por eso Le Corbusier dispuso las habitaciones de esa manera, además de orientarlas hacia el sol y a la vista de los campos deportivos (relaciones visuales exterior-interior). En el último piso dispuso un jardín para los residentes del edificio, desde el cual se observa una panorámica de la ciudad. El volumen de las habitaciones se separa del suelo por medio de grandes columnas de hormigón, generando una planta libre que permite la permeabilidad y transparencia del espacio de acceso al pabellón, además de generar un efecto de liviandad.

El volumen vertical central que reúne los servicios y la circulación funciona como nexo con el cuerpo bajo que contiene los ámbitos comunes. Orientado hacia el norte, su fachada responde a la vía de aproximación al edificio y presenta sólo unos pequeños vanos con una función principal de ventilación, que generan una particular textura en la fachada.

La forma del pabellón, su composición y sus relaciones internas, están muy concebidas por Le Corbusier, de manera contundente. Respondiendo a una función básica, como el habitar, el arquitecto genera una serie de relaciones simbólicas entre dos momentos de vida, lo privado y lo público, e introduce una arquitectura expresiva, con una libertad formal que no se había visto con tal claridad en la época. La suma de su significado como lugar de vivienda (morada, origen, resguardo), más la potencia del planteamiento compositivo y funcional, hacen del Pabellón Suizo una obra muy representativa del Movimiento Moderno.

De espalda a lo convencional

La parcela que se destinó para el proyecto constaba de un terreno plano cuya orientación sur miraba hacia un gran campo verde (que posteriormente se convirtió en el complejo deportivo de la universidad) y al costado norte se encontraba la Ciudad Universitaria. Partiendo de esta condición, Le Corbusier planteó, como base del proyecto, que el volumen de cinco pisos en forma de paralelepípedo que contenía las habitaciones, cuya planta libre en el primer nivel acoge la entrada principal, se ubicara de espalda a la ciudad y diera frente al campo verde. Por lo tanto, el volumen curvo que se encuentra ubicado y subordinado perpendicularmente al volumen de las habitaciones, que alberga las áreas sociales y administrativas junto con el núcleo de conexión vertical, es el encargado de darle la bienvenida a las personas que se aproximan por la parte norte.

Le Corbusier proyectó entonces la fachada principal hacia el sur, no sólo porque contiene la entrada principal o privilegia la vista al campo verde, sino también porque dicha fachada es la más caliente al recibir con mayor permanencia los rayos solares; como París es una ciudad con estaciones, era importante asegurar unas condiciones óptimas de habitabilidad para los residentes durante todo el año. Esta fachada “aparece totalmente acristalada, abriendo los dormitorios al entorno” (Agrasar 2) y componiendo una relación directa entre el espacio exterior y el interior, controlando eficientemente el paso de la luz natural, sobre todo porque la actividad principal, el habitar, se desarrolla en su mayoría sobre esta fachada.

En referencia a la fachada norte, ésta se cierra al ser más fría y muestra unos pequeños vanos organizados de manera reticular que obedecen a los requisitos de ventilación e iluminación de la circulación puesto que se ubica en este costado. En la parte baja, el volumen social curvo se encuentra cerrado como gesto que responde a la concordancia de actividades que se desarrollan como complementos al acto de habitar. Hacia el este y el oeste se presentan dos fachadas completamente cerradas que cumplen la función de delimitar física y visualmente los volúmenes, resaltando al mismo tiempo la importancia de las fachadas norte y sur.

Por otro lado, al colocar la entrada principal de espaldas al recorrido de aproximación, el peatón se ve obligado a rodear el proyecto para acceder por la fachada sur, lo que produce una experiencia de descubrimiento a medida que se acerca al espacio principal de entrada. En otras palabras, es un aplazamiento de emociones que dirigen hacia la revelación y vista del mismo pabellón, pero desde su fachada principal.

En cuanto a la elevación del proyecto, Le Corbusier propone una transición pasiva entre el adentro y el afuera, por eso, eleva el volumen sobre grandes pilotes generando permeabilidad y transparencia a nivel del suelo. De esta manera, el pabellón invita a entrar y a descubrir su espacio interior una vez se ha recorrido perimetralmente su espacio exterior; con este recurso, el arquitecto asegura el control espacial y visual de la edificación. Estas intenciones hacen que se presenten unas relaciones de transición entre el afuera y el adentro, ya que los límites entre estos espacios no son del todo claros. Al disponer los pilotes de tal forma, marcan cierto grado de interioridad mientras se está a la intemperie; si bien pararse entre ellos es estar afuera, el espacio cubierto genera la sensación de protección que produce la idea espacial de estar adentro. Para acentuar con mayor claridad dicha relación de ambigüedad, Le Corbusier ubica la entrada principal descentrada con respecto a la orientación y ubicación de las columnas, es decir, oculta su función principal al ser una puerta poco convencional, que no se ajusta a la tradicional característica de enfatizar, casi que enmarcar, la entrada de un edificio.

El planteamiento que hizo Le Corbusier en cuanto a la implantación del Pabellón Suizo, busca responder de manera adecuada al lugar siendo evidente y certero, sin ser obvio. A pesar de que el proyecto está ubicado de espaldas a la ciudad universitaria y a la urbe, decide privilegiar una relación visual y física entre el volumen principal y el extenso campo verde. Si bien el proyecto buscó adaptarse a las características del sitio, también lo acondicionó y modificó en la medida en que le dio un nuevo valor, no descubierto hasta entonces, a los campos deportivos, estableciendo una relación entre su arquitectura y el paisaje urbano circundante. Estas decisiones formales apuntan al gran objetivo del pabellón, que es ser un edificio exento cuya reacción es promover tanto el desarrollo de la vida cotidiana como la conformación de ciudad.

Un edificio que levita

El Pabellón se basa en la idea de un volumen principal privado, a manera de bloque, que parece levitar sobre el suelo, y un volumen social subordinado al anterior y anclado a la tierra.

Le Corbusier trabajó sobre varias ideas para cumplir su propósito de levantar el volumen privado del nivel del suelo. Finalmente, la solución estuvo condicionada por la economía y la respuesta a algunas dificultades encontradas en la cimentación; su estructura consiste en seis pares de gruesos pilotis de hormigón, con una sección de aproximadamente dos metros de largo, que dan significado al soporte y liberan el espacio del primer piso para circulación, evidenciando al mismo tiempo la estrecha relación entre interior y exterior. Estos pilotis, en forma de hueso, responden a una doble simetría y sufren transformaciones para integrarse mejor al espacio a medida que se aproxima el acceso. Los pilotis de los extremos, a pesar de que están retrocedidos con respecto a las fachadas laterales, generan continuidad y enfatizan la idea de que las fachadas importantes son la norte y la sur. Por otro lado, marcan la relación del espacio cubierto con el espacio exterior a través de la viga corona que recibe todas las cargas del bloque de habitaciones. Los pilotis siguientes, ubicados a 8.28 m de los extremos y dispuestos a manera de corchetes, rompen uno de los ejes de simetría del “hueso” con la intención de exaltar un espacio, un ámbito que pertenece más al edificio que al entorno circundante. Por último, los dos pares de pilotis centrales, con una luz de 9.78 m entre ellos, pierden su superficie larga dejando un vacío entre los dos fustes para enmarcar la relación entre el espacio cubierto exterior y el espacio interior del edificio.

Los pilotis son la solución propuesta por el arquitecto para soportar el volumen principal, dedicado a las habitaciones, y se unen con el bloque superior por medio de una viga de hormigón armado volada en todo su perímetro. Así, los pilotis son quienes le permiten al volumen “flotar” en el espacio, puesto que, a pesar de ser robustos y pesados, generan una sensación de levitación en el cuerpo arquitectónico, además de establecer grados diferentes de interioridad que se perciben a medida que el espectador se acerca a la entrada a través de ellos. La concavidad y la convexidad resultantes de la forma de las columnas en planta son los encargados de darle dinamismo al espacio.

El bloque principal es una estructura de caja ligera que se sostiene gracias a una retícula tridimensional metálica con módulos que corresponden a las habitaciones, marcando un contraste radical con los pilotis. Por ser ligera, la estructura permite que los elementos tengan una sección transversal mucho menor que si fuera de hormigón y, por lo tanto, ocupen menos espacio. La retícula, con una luz promedio de 3.26 m, se esconde en los paneles insonorizados que dividen las habitaciones. Esto también contribuye a generar la sensación de levitación, pues desaparecen visualmente de los espacios, como si fueran inexistentes.

La fachada sur del volumen de habitaciones está construida con placas de piedra y vidrio, cuyo ritmo responde también a los módulos de las habitaciones. En otras palabras, la fachada responde a la modulación estructural del bloque de vivienda. Esta fachada se lee entonces como la piel ligera que conecta el interior con las visuales exteriores. En contraposición, la fachada norte se cierra casi en su totalidad, con excepción de unos pequeños vanos que iluminan y ventilan el corredor; está hecha de piedra en aplacado o mampuesto, material aislante que ayuda a mantener una temperatura confortable en el interior. En síntesis, la caja se abre al exterior, por un lado, mientras por el otro —opuesto— le da la espalda.

Las fachadas laterales se cierran completamente al exterior y, a través del despiece de la loza de piedra, continúan el mismo ritmo de la fachada norte. Hay una composición deliberada que rige tanto los espacios como los sistemas estructurales del edificio, ya que todo material tiene una función allí y una disposición específica.

En contraste, el concepto del volumen social, de baja altura, es opuesto al del bloque de habitaciones y se subordina a él, incluso los aspectos estructurales. Construido a partir del nivel del suelo, acentúa a través de sus materiales, principalmente la piedra, la relación de lo público con lo privado y con el suelo. La placa de hormigón sostenida por los pilotis está al mismo nivel de la cubierta plana del volumen social, que se apoya sobre un muro curvo de mampostería irregular cerrado completamente al exterior. En su interior también se encuentran una estructura metálica que sostiene el volumen y algunos vidrios y muretes que delimitan los espacios sociales.

En resumen, la estructura del Pabellón Suizo responde a la idea del contraste entre un bloque de habitaciones que parece una caja de cristal, sostenido por grandes

pilotis, y un volumen social claramente diferenciado, puesto a nivel del suelo. Los materiales también ayudan a enfatizar las relaciones entre el interior y el exterior. Así, estos conceptos materializados en el sistema estructural contribuyen a la idea de resaltar la parte más importante del conjunto: la vivienda, que se encuentra en un estado de levitación permanente.

El habitar

La actividad principal del Pabellón Suizo era y sigue siendo el habitar, tanto en el ámbito privado como en el social, lo cual se evidencia en la solución formal que esboza el arquitecto. Le Corbusier plantea responder a los requisitos del programa por medio de la separación de usos, público y privado, mediante dos volúmenes diferenciados y puestos perpendicularmente uno del otro. Es así como decide albergar las funciones públicas en la planta baja y desarrollar las habitaciones en los pisos superiores, conformando un paralelepípedo al costado sur, con los dormitorios de los estudiantes y un volumen curvo al costado norte, que contiene los ámbitos de reunión y el espacio social.

La vida privada se desarrolla en el paralelepípedo, el volumen de habitaciones cuyas tres primeras plantas albergan una crujía con quince cuartos de 24 m² cada uno, dispuestos en fila a modo de peine, sobre un corredor de distribución de 2 m. de ancho. Las habitaciones, de aproximadamente 7 m. de largo por 3.26 m. de ancho, están diseñadas como la célula mínima del habitar, que de acuerdo con su uso, su actividad y las dimensiones tanto de los muebles como del ser humano, hacen del espacio, un lugar suficiente para vivir cómodamente durante la temporada de estudio; y que según patrones de la época y la cultura, también se expresa de manera generosa sin ser estrecho ni exageradamente amplio.

La habitación, vista como célula de la edificación, forma un conjunto que genera un organismo —en este caso, el complejo habitacional—, constituyendo el eje del pabellón y su elemento de mayor importancia. Cada habitación contiene dos crujías: la primera consta de un espacio de 4.50 m de fondo donde se ubica una cama, un mueble tipo repisa y un escritorio con su respectiva ventana que mira al campo deportivo. La

segunda crujía, destinada a los servicios, tiene 2.50 m de largo y aloja un lavamanos, una ducha y dos muebles tipo clóset; los inodoros se localizan en el exterior, sobre el punto fijo, perpendiculares al corredor de circulación, siendo compartidos y por lo tanto, comunes para todos los residentes del piso. Se destaca que el baño de cada habitación no tiene puerta, pues se da por entendido que se desarrolla al interior de un área privada, donde cada estudiante hace un uso único y personal del espacio que habita.

A pesar de que el paralelepípedo de habitaciones se caracteriza por su uso privado, Le Corbusier dispuso en el último piso una terraza jardín para todos los residentes del edificio, desde el cual se observa una vista panorámica de la ciudad y se comparten momentos en comunidad. Para resaltar la importancia del volumen, el arquitecto eleva el edificio del suelo por medio de grandes columnas de hormigón, generando un particular efecto de liviandad; además, proyectó la fachada principal del volumen hacia el sur, de espalda al acceso vehicular, ubicando sobre éste la entrada principal y privilegiando la vista al campo verde. Asimismo, esta fachada recibe con mayor intensidad los rayos solares, motivo por el cual “aparece totalmente acristalada, abriendo los dormitorios al entorno” (Agrasar, 2) y componiendo una relación directa entre el espacio exterior y el interior, controlando eficientemente el paso de la luz natural, sobre todo porque la actividad principal, el habitar, se desarrolla en su mayoría sobre este costado.

El volumen vertical central que reúne los servicios y la circulación funciona como nexo con el cuerpo bajo que contiene los ámbitos comunes. Con una orientación norte, su fachada responde a la vía de aproximación, por lo que se decide disponer unos pequeños vanos con una función principal de ventilación e iluminación, generando además una particular textura en la fachada. Por lo tanto, este volumen representa la conexión y la transición entre lo privado y lo público, entre la vida personal y la vida en comunidad; del acceso para afuera tiene lugar la vida en comunidad y el espacio público.

En el Pabellón Suizo el uso público es un complemento necesario del uso privado y se subordina a ella, siendo fundamental para las diferentes interacciones sociales que se dan entre los estudiantes que habitan allí. El volumen curvo, dispuesto en dirección norte y más cerrado hacia la ciudad universitaria, contiene los ámbitos de

reunión, principalmente un salón que alberga distintas funciones y puede ser usado como un comedor o como un salón de actos. También se encuentra la oficina y la vivienda del director. Al ser un cuerpo más cerrado y de menor altura que la caja de habitaciones, responde efectivamente a las actividades que se desarrollan en él como complementos al acto de habitar. Igualmente es un espacio amplio y flexible, que facilita la vida en comunidad.

El uso en el Pabellón Suizo se hace evidente a través de su forma, de la composición y las relaciones internas y externas que genera; de la piel que ofrece al campus universitario y a la ciudad. La vida privada se abre hacia el paisaje verde desde el volumen de habitaciones mientras que la vida pública se cierra, dando la espalda a la ciudad universitaria, con un gesto audaz para el pensamiento de la época. No obstante, con esta propuesta, Le Corbusier respondió privilegiando la función básica del habitar, razón de ser del encargo que recibió, generando relaciones simbólicas entre dos momentos necesarios de la vida, lo privado y lo público, y conformando, además, un nuevo tejido de ciudad, cuya expresión más importante es la vida en comunidad.

Bibliografía:

Agrasar, F. *La humanizada máquina de habitar*. E.T.S.A. La Coruña. 1990. Web. Febrero 4, 2016.

Boesiger, Willy. *Le Corbusier Et Pierre Jeanneret. Ceuvre Complete de 1929-1934*. Zurich: Les Editions Girsberger, 1957. Impreso.